



## Día de Ceuta 2016

### Discurso del presidente de la Ciudad, Juan Vivas

Sr. delegado del Gobierno,

Sr. comandante general,

Señoras y señores miembros del Gobierno de la Ciudad y de la Asamblea,

Señora y señores parlamentarios nacionales,

Señora magistrada representante del Poder Judicial,

Señoras y señores directores provinciales de la Administración General del Estado,

Señores expresidentes de la Ciudad,

Señoras y señores Medallas de la Ciudad y de la Autonomía,

Señoras y señores representantes de las comunidades religiosas, sindicatos, Confederación de Empresarios, asociaciones de vecinos, colegios profesionales y de la sociedad ceutí en general,

Señoras y señores:

Siendo consecuente con lo que se celebra, y nos convoca, mi intervención, aunque suene a discurso repetido, estará centrada en dar un nuevo testimonio de nuestro amor a España y a Ceuta, dos sentimientos inseparables; significar a las personas y entidades que han sido merecidamente reconocidas y distinguidas; y poner de relieve los valores de nuestra sociedad, su personalidad; en suma, hablar de Ceuta, de sus retos, inquietudes y problemas, de su autogobierno, y de los ceutíes, una condición, la de ser ceutí, que no depende de la residencia ni del nacimiento; es algo menos accidental, más profundo, más elemental, tiene que ver con el corazón: se trata simplemente de querer a esta tierra y a su gente, con eso basta.

Esta tierra que fascina por su variedad, por su diversidad: entre dos mares, entre dos vientos, entre dos continentes, entre la playa y el monte; también en el paisaje humano: diferentes credos, culturas y razas. Pero que, sobre todo, fascina por ser una especie de taller para la fusión, el encuentro y el abrazo; fusión y encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico, el levante y el poniente, oriente y occidente, Europa y África, el norte y el sur; fusión y encuentro entre personas de diferentes credos y razas que, en un reducido espacio, hemos aprendido, y estamos dispuestos, a vivir compartiendo, a base de roce, respeto y afecto: la convivencia en nuestra ciudad, a la vez realidad, reto, necesidad, virtud y rasgo de personalidad. Sus protagonistas, los ceutíes; sus enemigos, la incomunicación, los prejuicios, los resentimientos, la división entre ellos y nosotros, el miedo; sus fortalezas, la altura de miras, la buena voluntad, la generosidad; mucha generosidad, por parte de todos, pero, de manera muy especial, por parte de quienes ejercemos responsabilidades públicas. Todas las ramas del árbol de nuestra sociedad son necesarias y queridas; todas soportadas por un tronco común que,



para mantenerse en pie, debe seguir alimentándose de la vigorosa savia de la unidad: una misma ley, igual para todos, sin reservas de impunidad; un mismo espíritu, el de la concordia; y una misma y única nación, España, la patria común e indivisible de todos los españoles.

Otra evidencia, Ceuta, la siempre noble y leal, vive por y para España. Un sentimiento patriótico que no se oculta, se respira y palpa en el ambiente, se manifiesta en el respeto y cariño con que aquí son tratados los símbolos de la patria; tampoco es retórica ni palabrería hueca, está anclado en las raíces de nuestra historia y prendido en los pliegues del alma de Ceuta, en su permanente vocación de servir y defender a España, para lo que sea menester y cualquiera que sea el precio: desde siempre como centinela, baluarte y atalaya, ahora también, y de manera muy significada, como frontera sur de Europa en África.

Ceuta como fundamento y motivación de nuestros afanes, y el Estatuto de Autonomía como norma básica para, además de hacer posible el autogobierno, procurar la mejora de las condiciones de vida de los ceutíes, en igualdad con el resto de los españoles y al amparo del principio de solidaridad que recoge nuestra Constitución. Desde esta perspectiva, un hecho resulta revelador: la aprobación y desarrollo del Estatuto de Autonomía coincide con el periodo de nuestra historia reciente de mayor inversión pública y de más capacidad financiera de nuestra hacienda, lo que se ha traducido en avances sustanciales en la calidad de los servicios públicos esenciales, en la ampliación de la red de protección social, en la renovación y modernización de la trama urbana, y en la consolidación y perfeccionamiento de nuestro régimen económico y fiscal especial.

No ha sido el Estatuto de Autonomía el único factor a tener en cuenta en el referido proceso de avance, pero sí uno muy importante: el rango autonómico nos ha propiciado una mayor presencia institucional y más ágil interlocución con quien finalmente decide la asignación de recursos entre las distintas administraciones territoriales.

En cuanto a la mayor, creo agotado el debate que marcó la aprobación del Estatuto y sus primeros años de vigencia: hoy nadie -o casi nadie- cuestiona que Ceuta esté plenamente integrada en la estructura territorial del Estado, tanto local como autonómica.

Pero no todo es satisfactorio, ni mucho menos, nos queda mucho por hacer, tenemos muchas asignaturas pendientes, alguna de tanta envergadura como el drama del paro, especialmente acusado en el caso de nuestros jóvenes. La solución no es fácil, todo lo contrario; el problema tiene carácter estructural: salvo el caso de la ciudad hermana de Melilla, no existe ninguna otra parte del territorio nacional en la que concurren, a la vez, tantos condicionantes y dificultades para el desarrollo económico y la creación de empleo; una afirmación tan rotunda como irrefutable.

En todo caso, la reconocida dificultad no puede convertirse en pasividad o resignación; no nos lo podemos permitir; necesitamos todas las manos, todas las ideas, todas las voluntades, todas las luces para ponerlas al servicio de la causa del empleo; necesitamos perseverar en los ejes de actuación en los que existe un alto grado de consenso: el mantenimiento del músculo de las administraciones públicas;



la mejora de la conectividad y de las comunicaciones con el entorno; la defensa de nuestras peculiaridades fiscales; el fomento del emprendimiento; la apuesta por la formación; y la lucha contra el fraude en cualquiera de sus manifestaciones. Y necesitamos llevar al ánimo de nuestros jóvenes, a través de la familia, la escuela y los foros de opinión, que en el aprendizaje y en el esfuerzo está la llave para abrir las puertas del porvenir y de las oportunidades.

Para los que hemos pasado por sus aulas y ya transitamos por el otoño de la vida, el colegio de San Agustín constituye una sala principal de nuestro particular museo de lo entrañable. El recuerdo de lugares, objetos, vivencias, colores, sabores y olores irrepetibles e inolvidables; y el recuerdo de unos padres y de unos maestros a los que les tocó vivir una época de privaciones y carencias: desterrados, prematuramente y a la fuerza, de su juventud renunciaron a muchas cosas y dieron lo mejor de sí mismos para sacarnos adelante.

Para todos, el colegio de San Agustín debe ser un referente de pasión por la educación; por la educación en valores, con mayúsculas; por la educación impregnada del aroma limpio de la libertad; por la educación como el arma más poderosa que se conoce para cambiar el mundo y hacer a la persona dueña de su destino. A los que hace cien años iniciaron la andadura, a los que la continuaron y desarrollaron, a los que mantienen encendida la llama, a los muchos maestros que el colegio de San Agustín ha tenido y tiene, en nombre de todos los ceutíes, muchas gracias; muchas gracias por haber entendido que el oficio de maestro consiste básicamente en el arte de despertar la curiosidad en el alumno, el afán por descubrir, conocer y aprender.

Por los cientos de miles de trabajadores que, a lo largo de estos cien años de historia, han encontrado en el sindicato amparo y defensa de sus derechos y legítimas demandas; por su decisiva y generosa contribución a nuestro modélico proceso de transición a la democracia; por los muchos militantes que, en las épocas difíciles de persecución y exilio, se mantuvieron fieles a sus principios y a sus ideas, aun a costa de su libertad y hasta de sus vidas; por la defensa de nuestras peculiaridades económicas y fiscales ante las instancias competentes, y cada vez que la ocasión lo ha requerido; y por su implicación en el objetivo del empleo; los ceutíes, mediante acuerdo de su Asamblea, han querido distinguir a la Unión General de Trabajadores con la medalla que en este acto ha recibido; un justo reconocimiento que, desde la posición institucional a la que sirvo, es, al mismo tiempo, propósito sincero de potenciar, entre nuestras dos entidades, cauces de colaboración y diálogo al servicio del interés general que compartimos.

La presencia en este acto, y en Ceuta, de su secretario general, es un gesto que apreciamos y agradecemos, por lo que supone de apoyo a la federación ceutí y de compromiso constructivo con nuestra ciudad.

Tesón, audacia, imaginación, coraje y corazón son los atributos que avalan la dilatada trayectoria empresarial de don Cristóbal Chaves Muñoz, y su buen comportamiento con todos, y su celo profesional, su amor por el trabajo bien hecho. La medalla que le ha sido concedida lo es, sin duda, a título personal, pero también quiere ser reconocimiento y homenaje a los miles de pequeños empresarios y autónomos de nuestra ciudad que llevan a cabo la proeza diaria de mantener



activos sus negocios; deben saber, y conviene recordar, que son un segmento imprescindible de nuestra sociedad, vital para el empleo y el sostenimiento de los servicios públicos.

Las medallas concedidas, a título póstumo, a don Javier Prat Cobo, don Gabriel Cruz Blasco y don Antonio Manuel Millán González no van a reparar, en sus familiares y amigos, el dolor de su ausencia, pero reconforta comprobar que esta ciudad, que la institución que representa a todos los ceutíes, sabe y quiere reconocer el ejemplo de tres de sus hijos que hicieron de su profesión, vocación; que dedicaron mucho esfuerzo y mucho tiempo a cuidar la salud de los demás, poniendo al enfermo en el primer puesto del escalafón; que combatieron el sufrimiento, los miedos y la incertidumbre del lecho del dolor a base de humildad, entrega y trato humanitario; mucho trato humanitario. Tres excelentes médicos, tres magníficas personas a las que Ceuta no quiere olvidar.

Ceuta es linda: una acuarela de colores; una perla que acaricia los sentidos; una niña dormida que tiene como almohada la espuma de las olas; el sueño eterno del mar. Hermosa, porque así lo ha querido la naturaleza, y por la condición de su gente: cordial, cálida y acogedora. Es un privilegio vivir en Ceuta y un honor servir a los ceutíes.

Y ya termino, con un compromiso y un deseo. El compromiso, defender los tres pilares en los que se sustenta nuestro modo de vida y de convivencia: los valores constitucionales, el Estatuto de Autonomía y el acervo europeo. El deseo, recogido de nuestro himno, que el grito de viva Ceuta siga sonando en el alma de nuestra tierra cual eco fuerte de un viva España.